

da y malsana, en donde enfermó Napoleón. Asistióle el médico Bienvelet, de quien no se olvidó el enfermo, pues reconocióle cuando, ya primer cónsul, pasó una revista militar en el campo de Marte. «¿Todavía sois tan original?», le preguntó Napoleón sonriendo; á lo que repuso prontamente Bienvelet: «No tanto como vos, pues no hacéis nada igual á los demás y nadie ha podido imitaros hasta ahora.» Refieren los cronistas que la estancia en Auxerre fué para Napoleón mucho más triste que la de Valence. Gustaba vivir retraído, á causa de su pobreza, y además la insalubridad de la población le malhumoraba en su contraste con la cálida Córcega. Sin embargo, se entregó ardientemente al estudio, frecuentando la biblioteca municipal, y cuando se cansaba de leer, se ponía á trazar figuras geométricas en pizarras y cuadernos y aun en los ladrillos.

Aunque la ciudad era triste, pudo Napoleón suavizar su carácter no rehuyendo el trato de sus compañeros y solazándose con ellos, sin faltar nunca á las comidas en corporación, que estaban de moda por aquella época, todo lo cual no le impedía de perfeccionarse en el estudio de la balística, ya que en la Escuela de París no le habían enseñado lo bastante respecto á prácticas y maniobras. Concurrió asiduamente al polígono militar y á las lecciones que daban los jefes del cuerpo, llegando á ser en breve tiempo uno de los más hábiles tácticos del regimiento. Había en Auxerre una escuela de artillería, dirigida por el mariscal de campo barón Juan Pedro de Teil, hombre severo y meticuloso, cuyos métodos de enseñanza habían colocado la escuela de Auxerre á la cabeza de las de artillería en cuanto á los resultados pedagógicos. Aquel eminente general echó de ver muy luego las cualidades del joven Bonaparte. En una reunión regimental presidida por Teil, comprendió éste que el oficial corso tenía no comunes aptitudes en espera de desenvolvimiento y aplicación. Así fué que le distinguió entre todos sus subordinados en cuanto se relacionaba con el servicio. Napoleón agradeció siempre estas atenciones y en la época de su poderío dió pingües empleos á los individuos de la familia Teil, y al morir en Santa Elena legó á los hijos y nietos del barón una manda de cien mil francos. Se comprende tan inquebrantable agradecimiento porque la confianza del de Teil llegó hasta el punto de nombrar al joven subteniente individuo de la junta encargada de estudiar

el tiro de cañón en la artillería de sitio, en cual junta no había ningún otro de su graduación. Le encargaron de dirigir los trabajos, y á este propósito decía á su tío Fesch, con quien frecuentemente se confiaba: «Ya sabéis, querido tío, que la consideración que el general me tiene, ha llegado al extremo de encargarme la construcción en el polígono de varias obras muy difíciles de calcular. Durante dos días, mañana y tarde, he estado ocupado en la tarea al frente de doscientos hombres. Esta inaudita prueba de confianza ha enojado á los capitanes, quienes dicen que es para ellos desdorado el encargar de tan importantes trabajos á un subteniente, y, por otra parte, que puesto son más de treinta los operarios, corresponde el mando á un capitán. Mis compañeros también están algo celosos, pero todo esto pasará pronto.» El abate Fesch leyó la carta, como todas las de Napoleón, en voz alta ante la familia, reunida en la sala de su casa.

Durante su estancia en Auxerre escribió Napoleón una memoria

*Sobre la mejor manera de colocar las piezas para el tiro*, que es un estudio reflexivo en el que, al primer examen, se echa de ver el deseo de aprovechar tiempo y no dejarse sorprender por el enemigo durante el cambio de las piezas, y en el que, desde el punto de vista de su resultado, se tienen en cuenta los más leves pormenores.

Arturo Chuquet refiere un episodio muy original que sobresale en la estancia de Napoleón en Auxerre. Por no se sabe qué falta leve, sufrió veinticuatro horas de arresto en banderas, y como encontrara en el cuarto un ejemplar apolillado del *Digesto*, de Justiniano, le entretuvo su lectura y tomó notas de los pasajes que más le habían llamado la atención. Años después, en pleno Consejo de Estado, á



Busto en mármol del cardenal Fesch, tío de Napoleón I. (Museo del Palacio Municipal de Ajaccio).—Nació José Fesch en Ajaccio, en 1763, fué arzobispo de Lyon y gran limosnero del Imperio. Murió en Roma en 1839.



propósito de un debate sobre ciertos artículos del Código civil, tomó Napoleón la palabra, fundamentando sus puntos de vista sobre el *Digesto* leído en Auxerre y de cuyos principales pasajes se acordaba. La asamblea quedó asombrada al ver que Napoleón estaba también versado en derecho romano. En el verano de 1789 estuvo á pique de ahogarse en el Saona. Mientras tomaba un baño le sobrecogió temblor de carnes, yéndose á fondo, y gracias á que la violencia misma de la corriente le empujó á la orilla, pudo escapar de la muerte. También estuvo en la represión de un motín que estalló en Auxerre, como sintoma del tremendo cataclismo político que se acercaba á pasos gigantescos. El primer pensamiento de Napoleón fué de cómo iban á recibir la revolución los corsos y qué influencia tendría en los destinos de su país. Estaba impaciente por tomar parte en la vida pública de Córcega, por ver otra vez á su familia é inquirir el estado de sus negocios particulares, y así pidió y obtuvo, no sin mucha dificultad, seis meses de licencia. Al pasar por Valence visitó á un cura amigo suyo, llamado Saint-Rut, quien le dijo: «Según van las cosas, cualquiera podrá llegar á ser rey. Caballero Bonaparte, si lo sois algún día, acomodaos á la religión cristiana y quedaréis tranquilo.» Napoleón se echó á reír y repuso diciendo que cuando llegara el caso no se olvidaría de hacer cardenal al cura Saint-Rut.

Pero antes de relatar los hechos y hazañas de Napoleón en Córcega, en el momento en que la grandiosa revolución desataba todo linaje de pasiones sin perdonar á ninguna clase social, conviene saber el modo como Napoleón empleaba íntimamente el tiempo. Leyó mucho y escribió algo. En sus lecturas y escritos, tanto como en los sucesos acaecidos en Córcega al estallar la revolución, se encuentran los elementos que contribuyeron á definir los rasgos intelectuales y morales de su carácter.

Los historiadores de Napoleón convienen unánimemente en su propensión á saberlo todo y no tomar con prejuicio el estudio de ninguna ciencia humana. Ya vimos la predilección que tenía por las ciencias exactas, sobre todo aplicadas al arte de la guerra, además de su gusto por el estudio de las legislaciones antiguas. Refiérese también que durante una de sus estancias en París se aplicó arduosamente al estudio de la astronomía. Con ello demostraba, no sólo el deseo de

saberlo todo, sino también la facultad de aprenderlo todo, pues comprendía pronto y bien cuanto leía. Sin embargo, sus estudios y lecturas favoritos merecen enumeración aparte. En todos sus discursos elogiaba á la historia, considerándola como desvanecedora de prejuicios y base de las ciencias morales. Estudió la historia de los más famosos pueblos antiguos, razonando con sus autores la causa de la caída de los monarcas y decadencia de las naciones. Tan bien aprovechó las horas libres de servicio, que no le fué extraño nada de lo concerniente al gobierno, religión y leyes de la antigüedad, para aplicarlo á las costumbres modernas. Asimismo se aficionó al estudio de la historia contemporánea de Europa. Arturo Chuquet cita algunas cartas dirigidas por Napoleón á su familia que contienen sumarias referencias á la situación de Europa. «El rey de España ha muerto, el de Inglaterra se ha vuelto loco, el emperador de Austria está gravemente enfermo,» les decía. Releyó una historia de Federico II caída en sus manos, interesándole sobremanera las instituciones fundadas por el gran monarca prusiano, su sistema de impuestos, sus proyectos belicosos, sus expediciones, el reparto de Polonia entre las potencias vecinas. Pero la historia contemporánea de Francia absorbió mayormente su atención. En la colección llamada *Espion anglais* encontró preciosos datos sobre la verdadera situación de Francia y de la monarquía. Dicha colección examinaba todos los aspectos de la época de Luis XV y del comienzo del reinado de Luis XVI, durante el cual se estaba forjando en la penumbra el rayo que había de derrumbar en 1789 todas las instituciones del pasado. Le interesaron igualmente los amores de Luis XV y las cábalas hacendísticas de Necker, que le parecían mucho más importantes que las proezas de los grandes capitanes. En el estudio de las campañas reflexionaba sobre la táctica empleada por los combatientes, echando de ver con sin igual sagacidad las exageraciones y falsedades en que, á su parecer, incurrian los historiadores militares; pero nada era tan valioso á sus ojos como el establecimiento y proceder de los gobiernos.

La ciencia política mereció toda su preferencia, estudiándola con infatigable ardor, reteniendo en la memoria la significación de las instituciones del Estado y estudiando su funcionamiento, sus condiciones de mejora y causas de decadencia.